

PEQUEÑA VITIVINICULTURA EN EL VALLE DEL ITATA: CONSTRUCCIÓN DE COMUNES, TRAGEDIA, DESPOJO Y REEMERGENCIAS TERRITORIALES

Cid-Aguayo, Beatriz¹
Rebolledo, Pablo²
Allende, Pablo³
Medina, Victoria⁴

Recibido: 27/01/2021 Revisado: 09/06/2022 Aceptado: 01/08/2022

RESUMEN

El valle del río Itata, que vio nacer la vitivinicultura en Chile, ha sido por largos años hegemonizado por plantaciones de monocultivo forestales y sus vinos campesinos de cepas tradicionales han sido inferiorizados por la vitivinicultura moderna. Sin embargo, en la última década está viviendo un dificultoso renacer, de la mano de asociaciones campesinas tradicionales y nuevas y de jóvenes nuevos viñateros. Este documento explora en el conjunto de comunes bioculturales y socioterritoriales que han sido creados y salvaguardados por comunidades campesinas y que permiten esta re-existencia vitivinícola. Se trata de un común ampliado: una red socionatural en la que participan actores humanos y no humanos -la cepa, el clima, los campesinos, el sol, la tierra, las bacterias, finalmente un modo de vida y una historicidad-, que en su conjunto van creando un terroir que se vive y recrea como patrimonio. Este común ha sido preservado y ampliado por las formas de vida campesinas, frente a prácticas modernas e industriales fuertemente homogeneizadoras. Recientemente ha sido «redescubierto» y revalorizado tanto por sus propios cultores como por los mercados de consumo. Aparecen sin embargo nuevos actores -especialmente la gran industria vitivinícola- que, actuando como pasajeros clandestinos o «free riders», quieren aprovechar este común sin ser parte de la red socionatural que ha

¹ Licenciada en Sociología (Pontificia Universidad Católica de Chile, UC); M.Sc. en Sociología de la Modernización (Universidad de Chile-UCh); Ph.D. en Sociología (York University, Canadá). Profesora Asociada del Departamento de Sociología de la Universidad de Concepción; Directora del Magister de Investigación Social y Desarrollo; Investigadora del Núcleo Salmónidos Invasores INVASAL; Directora del Proyecto FONDECYT N° 1190020 «Comunalización y heterogeneidades económicas: espacios de diálogo en torno a casos en el centro-sur de Chile». *Dirección postal:* Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Concepción. Víctor Lamas 1290. Concepción, Chile. Casilla 160-C. *ORCID:* <http://0000-0003-0105-3553>. *Teléfono:* +56 41220 4000; *e-mail:* beatrizcid@udec.cl

² Sociólogo (Universidad de Concepción-UdeC, Chile). Tesista en proyecto N° 1190020 Comunalización y heterogeneidades económicas: espacios de diálogo en torno a casos en el centro-sur de Chile. *Dirección postal:* Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Concepción. Víctor Lamas 1290. Concepción, Chile. Casilla 160-C. *ORCID:* <http://0000-0002-0301-3929>. *Teléfono:* +56 41220 4000; *e-mail:* rebolledoescobar@gmail.com

³ Sociólogo (Universidad de Concepción-UdeC, Chile). Tesista en proyecto N° 1190020 Comunalización y heterogeneidades económicas: espacios de diálogo en torno a casos en el centro-sur de Chile. *Dirección postal:* Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Concepción. Víctor Lamas 1290. Concepción, Chile. Casilla 160-C. *ORCID:* <http://0000-0002-2543-0790>. *Teléfono:* +56 41220 4000; *e-mail:* pablo.allendem@gmail.com

⁴ Sociólogo (Universidad de Concepción-UdeC, Chile). Tesista en proyecto N° 1190020 Comunalización y heterogeneidades económicas: espacios de diálogo en torno a casos en el centro-sur de Chile. *Dirección postal:* Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Concepción. Víctor Lamas 1290. Concepción, Chile. Casilla 160-C. *ORCID:* <http://0000-0002-0538-4133>. *Teléfono:* +56 41220 4000; *e-mail:* vic.medinanovoa@gmail.com

preservado, resguardado y hecho la gestión política para su revalorización. Se analizan así las tragedias y cercamientos que afectan este común, como también los procesos de cuidados y gobernanza del mismo. Estos últimos permitirían sustentar un nuevo ciclo productivo en torno al vino, que representa una forma alternativa y más sustentable de producción social del territorio. Se explora así en los mecanismos institucionales, protocolos locales y regionales, capaces de proteger este común frente a la apropiación que, cual nuevas «acumulaciones originarias», hace la viticultura industrial.

Palabras clave: pequeña vitivinicultura, campesinado, comunes, patrimonio, Chile

ABSTRACT

The Itata River Valley, the cradle of vitiviniculture in Chile, which hegemony has been kept for many years by monoculture forestry plantations, and its peasant wines made from traditional strains have been undervalued by modern viticulture. In the last decade, however, it has been undergoing a difficult rebirth, hand in hand with traditional and new peasant associations and young new vintners. This document explores the set of biocultural and socioterritorial commons that have been created and safeguarded by peasant communities that allow this vitivinicultural sector re-existence. It is an extended common: a socio-natural network in which human and non-human actors participate -the grapes, the climate, the peasants, the sun, the earth, the bacteria, and finally a way of life and historicity- that altogether create a terroir that is lived and recreated as heritage. This common has been preserved and expanded by peasant ways of life, in the face of strongly homogenizing modern and industrial practices. It has recently been «rediscovered» and revalued, both by its own produces and by consumer markets. However, new actors appear –especially the large wine industry– which, acting as clandestine passengers or «free riders», want to take advantage of this common without being part of the socio-natural network that has preserved, protected, and politically managed its revaluation. Thus, the tragedies and enclosures that affect this community were analyzed, as well as the processes of care and governance. The latter would allow sustaining of a new production cycle around wine, which represents an alternative and more sustainable form of social production in the territory. Thus, it was explored in the institutional mechanisms, local and regional protocols, capable of protecting this common against the appropriation that, like new «original accumulations», makes industrial winemaking.

Key words: Small vitiviniculture, peasant, commons, heritage, Chile

RÉSUMÉ

La vallée du fleuve Itata, où la viticulture est née au Chili, a été dominée pendant de nombreuses années par des plantations forestières de monoculture, et ses cépages traditionnels n'ont pas été appréciés par la viticulture moderne. Cependant, au cours de la dernière décennie, elle a connu une renaissance difficile, avec l'aide d'associations paysannes traditionnelles et nouvelles et de nouveaux jeunes vignerons. Cet article explore l'ensemble des points communs bioculturels et socio-territoriaux qui ont été créés et sauvegardés par les communautés paysannes et qui permettent cette ré-existence viticole. Il s'agit d'un bien commun étendu : un réseau socio-naturel auquel participent des acteurs humains et non humains -la souche, le climat, les paysans, le soleil, la terre, les bactéries, enfin un mode de vie et une historicité- qui dans son ensemble créent un terroir qui se vit et se recrée comme un patrimoine. Ce bien commun a été préservé et élargi par les modes de vie paysans, face à des pratiques modernes et industrielles fortement homogénéisantes. Il a récemment été « redécouvert » et réévalué à la fois par ses propres fans et par les marchés de consommation. Cependant, de nouveaux acteurs apparaissent - notamment la grande industrie viticole - qui, agissant en tant que passagers clandestins ou « free riders », veulent profiter de ce bien commun sans faire partie du réseau socio-naturel qui l'a préservé, protégé et fait de la gestion politique pour sa revalorisation. Ainsi, les tragédies et les obstacles qui affectent cette communauté sont analysés, ainsi que les processus de prise en charge et de gouvernance de celle-ci. Cette dernière permettrait de soutenir un nouveau cycle de production autour du vin, qui représente une forme alternative et plus durable de production sociale du territoire. Les mécanismes institutionnels, les protocoles locaux et régionaux, capables de protéger ce bien commun contre l'appropriation par la viticulture industrielle, comme de nouvelles « accumulations originaires », sont ainsi explorés.

Mots-clés : petite viticulture, agriculteurs, bien commun, patrimoine, Chili

RESUMO

O Vale do Rio Itata, onde nasceu a viticultura no Chile, foi menosprezado, por muitos anos, em meio à expansão das plantações de monocultivos florestais. Nesse contexto, os vinhos camponeses, feitos de cepas tradicionais, foram inferiorizados pela viticultura moderna. A última década, no entanto, coincide com a emergência de um difícil processo de renascimento, assim como a aparição de novas associações jovens associações camponesas e revitalização de tradicionais organizações vitícolas pré-existentes.

Este documento explora o conjunto de bens comuns bioculturais e socioterritoriais que foram criados e salvaguardados pelas comunidades camponesas, os quais permitem este ressurgimento. Trata-se de um conjunto de fatores, que inclui uma rede socionatural da qual participam atores humanos e não humanos -a estirpe, o clima, os camponeses, o sol, a terra, as bactérias, enfim, um modo de vida e uma historicidade- que, em sua forma ampliada, criam um terroir que é vivido e recriado como patrimônio. Esse conjunto vem sendo preservado e ampliado pelos modos de vida camponeses, os quais contrastam com as atuais práticas modernas e industriais fortemente homogeneizadoras. Recentemente, foi "redescoberto" e reavaliado tanto por seus próprios aficionados quanto pelos mercados consumidores. No entanto, surgem novos atores - especialmente a grande indústria vinícola - que, atuando como passageiros clandestinos ou "free riders" - querem explorar esse atributo, mesmo sem fazer parte dessa rede socionatural que preservou, protegeu e fez a gestão política que ensejou a revalorização. Assim, são analisadas as tragédias e constrangimentos que acometem essa comunidade, bem como os processos de cuidado que afetam a sua dinâmica. É a partir desses atributos que seria possível impulsionar um novo ciclo de produção em torno do vinho, que representa uma forma alternativa e mais sustentável de produção social no território. É por meio dos mecanismos institucionais, protocolos locais e regionais que esse bem comum pode ser protegido face as formas de apropriação operadas pela vinificação industrial.

Palabras-chave: pequena vitivinicultura, campones, bens comuns, patrimônio, Chile

1. INTRODUCCIÓN

Chile es globalmente famoso por sus vinos, constituyendo el cuarto exportador a nivel mundial, alcanzando el año 2017 una exportación de 477 millones de litros (Yáñez, 2019). Los orígenes de la vitivinicultura chilena se encuentran en misiones jesuitas y franciscanas, que plantaron las primeras viñas -de cepas País y Moscatel- y construyeron bodegas en diversos valles (Lacoste, Castro, Briones, y Mujica, 2015). Uno de ellos es el Valle del Itata, considerado por muchos la cuna de la vitivinicultura en Chile. En las últimas décadas ha sido hegemonizado por plantaciones de monocultivo forestales y plantas de celulosa, mientras que sus vinos campesinos -de cepas tradicionales- han sido rebajados de categoría por la industria vitivinícola moderna.

Actualmente el paisaje está marcado por plantaciones de especies exóticas, como pinos y eucaliptos. Sin embargo, en algunas zonas los viñedos no han perdido la batalla y ciertos grupos de organizaciones tradicionales y viñateros jóvenes están rescatando y restaurando las viñas patrimoniales. El proceso es reflejo de un ensamblaje colectivo entre

viñateros campesinos, la tierra, el clima, la diversidad de la economía campesina, las parras de cepas tradicionales y las bacterias. En resumen, se trata de un paisaje común, co-creado entre viñateros campesinos y naturaleza, que admite preguntarse: ¿Qué comunes socioterritoriales han sido creados y salvaguardados por comunidades campesinas? ¿Cuáles de ellos permiten esta re-existencia vitivinícola? ¿Cuáles son las tragedias y cercamientos que los amenazan? ¿de qué forma las comunidades y sus organizaciones cuidan y gobiernan los comunes para un mejor aprovechamiento de los mismos? Las hipótesis en este trabajo -y finalmente el deseo de sus autores- es que la gestión campesina y colectiva de estos comunes, permita imaginar un nuevo ciclo productivo en torno al vino, representando una forma alternativa y más sustentable de producción social del territorio.

2. EL VALLE DEL ITATA Y SU VITIVINICULTURA

El Valle del río Itata es una unidad geográfica asociada a la cuenca baja del río Itata, reconocida recientemente como una denominación de origen vitivinícola (Ministerio de Agricultura, 2018). Se constituye por 9

comunas, que no se agrupan en una región o provincia administrativa, no obstante, como una reconocida cuenca productora de vino, arrastra un profundo sentido histórico. Esta zona vitivinícola forma parte del llamado secano costero, un paisaje mediterráneo donde «el sol reseca los rastros oro viejo de los trigales segados, pero domina en el paisaje la estepa de espinos, evocando un paisaje saheliano» (Guerrero, 2000, p.102) y es anterior a la historia republicana de Chile. Los relatos orales afirman que los Jesuitas introdujeron la cepa País en el área poco después de la conquista, constituyéndose como un centro productor de vinos durante la colonia y la república temprana. Algunos viñateros lo afirman así: «La independencia de Chile se brindó con vino País» (Viñatero de Portezuelo, Comunicación personal, 2019).

De acuerdo con los datos del Censo abreviado de 2017 (INE, 2018), las nueve comunas del Valle del Itata cubren una superficie de 3.660,10 km² (INE, 2018), habitadas por 82.921 personas. De ellas, el 55,13% reside en áreas rurales (Gómez y Maldonado, 2015), porcentaje muy superior al promedio de ruralidad en Chile de 13,4%.

El Valle del Itata alberga –desde tiempos coloniales– a familias campesinas dedicadas a la producción de mostos (Mariángel, 2016), produciendo los que eran considerados los mejores vinos de la zona de Concepción (Reyes, 2001). En tiempos coloniales su paisaje estaba definido por las viñas (Cartes y Arriagada, 2008) plantadas en reducciones Jesuitas (Reyes, 2001) que fueron núcleo del futuro desarrollo territorial y vitivinícola (Capellá, 2009). En la segunda mitad del siglo XVIII se difundieron las pipas, desde la zona central hasta el Itata, el cual era un equipamiento de alto costo, y que por su pequeño tamaño permitía el transporte del vino a lomo de mula en zonas aisladas carentes de caminos (Lacoste, Castro, Briones y Mujica, 2015). Hasta hoy se denomina –algo despectivamente– como pipeñosa los vinos producidos por comunidades campesinas. En tiempos coloniales se hablaba del «Vino de Penco» (en alusión al puerto cercano al Valle del Itata) como de mayor calidad que en el resto de Chile (Villegas y Toledo, 2017, p. 34). En el siglo XIX –manteniendo la tradición

vitivinícola– las estadísticas del Partido del Itata (denominación administrativa de la época) mostraban al año 1822 la existencia de 26 haciendas que producían 10.919 arrobas de vino, en tanto que 306 pequeños propietarios producían 33.943 arrobas (Cartes y Arriagada, 2008; *apud* Hernández y Briones, 2018).

Hacia fines del siglo XIX las élites hacendales de los valles cercanos a Santiago modernizaron intensivamente y europeizaron la forma de producir el vino, marginalizando la producción tradicional de vinos campesinos. El desarrollo de este proceso marca el declive del Valle del Itata como región vitivinícola, cuyas cepas tradicionales perdieron aprecio, y sus productores –más pequeños– no entraron en procesos de tecnificación (Lacoste *et al.*, 2015).

En el discurso de los tecnócratas solo tenían valor enológico las cepas francesas; en cambio las uvas criollas (Uva País, Moscatel de Alejandría, Pedro Giménez, Torontel) no merecían ninguna consideración. Lo mismo ocurría con los medios de elaboración: para estos tecnócratas, solo tenían significado las técnicas y equipamientos europeos, particularmente franceses, mientras que los métodos artesanales chilenos carecían absolutamente de interés. (Lacoste *et al.*, 2015, p. 91)

Durante el siglo XX dos hitos marcaron la historia del Valle, significando una reemergencia parcial, en torno a procesos cooperativos. En primer lugar, en el año 1939 un gran terremoto asoló la zona, destruyendo viviendas, bodegas y cubas. Como respuesta a la emergencia se movilizó importante solidaridad internacional que aportó recursos para la reconstrucción. A nivel nacional se canalizó parte de dichos recursos en la promoción del desarrollo cooperativo en la pequeña vitivinicultura, buscando integrar a pequeños y medianos viñateros en entidades que permitieran mejorar la tecnología y la comercialización (Villegas y Toledo, 2017).

Posteriormente, en el año 1967 se promulgó la Ley de Reforma Agraria (CORA, 1967). Ella buscaba incorporar familias campesinas a la propiedad de la tierra, que en el Valle del Itata

implicó la intervención de los grandes fundos –Galpón, Batuco, El Milagro, Helvetia– y su distribución en parcelas de aproximadamente 20 hectáreas (Guerrero, 2000). Junto con esta ley se dio también un nuevo impulso a la conformación de cooperativas campesinas, muchas de ellas vinculadas a la vitivinicultura y se construyeron centrales vitivinícolas importantes (Villegas y Toledo, 2017). En 1973, 3.124 campesinos eran socios de cooperativas vitivinícolas, mismas que fueron una herramienta de desarrollo rural, al coordinar la demanda de grupos de productores heterogéneos y facilitando la comercialización (CEPAL, 1990; *apud* Villegas y Toledo, 2017).

Hasta el golpe de Estado de 1973 las cooperativas vitivinícolas tuvieron apoyo y subvenciones por parte del Estado para su consolidación, pero luego del golpe fueron «definidas por el gobierno militar como económicamente ineficientes y políticamente adversas a su gestión» (Gómez, 1985, p. 34). De esta manera, se canceló el apoyo financiero a las cooperativas cesando el pago de inversiones planificadas (Villegas y Toledo, 2017). La liberalización económica promovida durante la dictadura civil-militar llevó a una caída en el precio interno de la uva, lo que disminuyó la superficie de viñas a la vez que se «impulsó el sector forestal mediante incentivos tributarios y bonificaciones mediante el Decreto 701 de 1974» (Méndez, 2016, p.69), lo que constituyó una importante modificación del paisaje, que en pocos años pasa a estar dominado por plantaciones de monocultivos forestales y empresas de celulosas.

En la actualidad en el Valle del Itata existen políticas públicas que están orientadas a «agregar valor a los vinos que actualmente se producen en el Valle y se permitirá ir incorporando nuevos actores a través de otorgarles condiciones apropiadas para la vinificación» (Ministerio de Desarrollo Social, 2019, p.18). Así también, ha habido un resurgimiento de las estructuras asociativas, con apoyo de recursos públicos, como respuesta al bajo precio de venta de las uvas (Méndez, 2016). Incluso la fuertemente cuestionada Forestal Arauco, hegemónica en la zona, manifiesta intención de apoyar la tradición vitivinícola restaurando la antigua hacienda Cucha-Cucha,

parte de las reducciones jesuitas y de 400 años de antigüedad operativa (Soto, 2015).

3. UNA ECONOMÍA POLÍTICA DEL COMÚN

El vino –como pocos otros productos– lleva en su organoléptica el sabor del lugar. Los franceses le han llamado el *terroir* (Kaldjian, 2009; Duhart, 2011), refiriendo no solo al paisaje natural sino más ampliamente al entramado biocultural en el cual se cultiva la uva y se elabora el vino. En sus texturas –horas de sol, calidad de la tierra, prácticas productivas, técnicas de elaboración, cepas, complejos microbianos, etc.–, ese entramado va imprimiendo el sabor que adquiere cada vino. Un vino es, entonces, parte de un paisaje común co-creado entre viñateros campesinos y la socio-naturaleza, que ciertamente excede lo que cada productor alberga en su viña. Es por ello que este texto aborda el caso desde la pregunta y la tradición teórica de los comunes, entendiéndolos no solo como un conjunto de bienes en disputa y tragedia, sino como un proceso de prácticas cooperativas entre humanos y no humanos.

Lo «común» –los *commons*– rememoran lo comunal y como concepto ha sido rescatado por movimientos altermundistas y ecologistas, en oposición a los *enclosures* o cercamientos privados o estatales de lo social, natural y cultural. De esta manera se puede identificar un movimiento de *cercamiento* y otro de *comunalización*, como polos opuestos en la disputa por el control de cierta clase de bienes e instituciones (Laval y Dardot, 2014). La «propiedad común fue propuesta e impulsada por los socialistas utópicos como Owen y Fourier, los que fundamentaron la posibilidad de la igualdad en esas asociaciones de productores libres» (González, 2019, p.56), idea que fue continuada en el cooperativismo, mutualismo, catolicismo social, críticos del socialismo estatal, promotores de relaciones de reciprocidad (González, 2019) y –más recientemente–, por las teorías de la transición.

Existen diversas visiones en el tratamiento jurídico, económico y ético de los comunes. Una primera visión, desde el derecho, los define desde su *naturaleza* o esencia; es decir, habría cierto tipo de bienes que «poseen una dignidad

intrínseca, por ser irremplazables e insustituibles» (Ramis, 2017, p. 53), de carácter sustancial –iusnaturalista–, frente a los cuales es necesario repensar la noción de propiedad que merece (Alonso y Ferreira, 2014). Otra noción recomienda renunciar a la idea de cosas de naturaleza inapropiables y pasar a hacer derecho positivo la inapropiabilidad, es decir, darle expresión concreta en el ordenamiento jurídico. Se entiende a los «bienes comunes como bienes fuera del mercado, cuyo objetivo no es propiamente incentivar el crecimiento o desarrollo económico» (Flores-Xolocotzi, 2015, p. 207). Estos bienes serían: aire, agua corriente, mar, orilla de mar, luna, espacio extra-atmosférico, suelo, subsuelo, genoma humano, paisajes, olas, obras del pensamiento que son de dominio público, rayos solares, especies, entre otros (Laval y Dardot, 2014). De esta manera lo comunal no es algo natural, sino el resultado de un proceso legal o contractual.

Desde una mirada constructivista se entiende a los comunes como los bienes que pertenecen a una comunidad. En esta línea se inscriben Gibson-Graham, Cameron y Healy (2017), al definir a un común como una propiedad, una práctica o un conocimiento que es compartido por un colectivo. Vercelli y Thomas (2008) igualmente se acercan a esa definición cuando plantean que los bienes comunes son aquellos que se producen, se heredan o transmiten en una comunidad. Hay un giro relevante al abandonar el plural y hablar sobre *el común* y no de los bienes comunes. A esta transformación conceptual contribuyeron Hardt y Negri (2011), quienes plantean que «hoy en día, esta producción de lo común tiende a situarse en el corazón de toda forma de producción social, por local que sea» (Laval y Dardot, 2014, p. 215). Este giro hace referencia al trabajo biopolítico y a nuevas relaciones sociales y relaciones de producción –más allá de solo bienes materiales–. Como plantean Hardt y Negri (2011), esto puede incluir la producción social de saberes, lenguajes y afectos, los cuales son parte de las nuevas formas de producción biopolítica. En ellas el capital no puede prescindir del común –de hecho, usa e incluso se cimienta en el común– pero a la vez lo mal usa. El común es autónomo de lo público y lo privado, funciona con un

ciclo diferente, se mide de forma cualitativa; además, se entiende como el gran espacio para la creación, más aún, la libertad solo existiría en el común.

La discusión económica contemporánea sobre lo común está definida en relación con el ensayo *La tragedia de los comunes* de Garret Hardin (1968), el cual sintetiza mucho de la noción liberal de lo común, asociándolo irremediamente a una tragedia. Los comunes se definen ahí desde la ausencia de propiedad. Esta visión identifica propiedad común (*Res communes*) con libre acceso a los recursos o ausencia de propiedad (*res nullius*), carente de ordenación institucional (Capel, 2003). Hardin vinculó los comunes a una tragedia por mal uso de los mismos, en una visión de inspiración malthusiana y con base en las teorías de acción racional, por la cual «la libertad de los recursos comunes resulta la ruina para todos» (Hardin, 1968, p. 13). Para ello usa como ejemplos el uso de pasturas, la pesca y la sobrepoblación. Para abordar esta tragedia se propone asignación de derechos claros de propiedad o una coerción mutuamente acordada, que implica renunciar a algunas libertades (Hardin, 1968). A Hardin se le ha criticado el carácter inexorable con que describe la tragedia pese a que existen numerosos casos de gestión eficiente y conservadora de los comunes, donde las comunidades cuidan sus comunes en la defensa de una forma de vida. Ostrom (1990) señala que esta visión no considera la capacidad de comunicación y organización institucional desplegada por las comunidades, al presuponer «un mundo sin comunicación, extremadamente egoísta y con falta de cooperación» (Castilla, 2015, p. 68).

El trabajo de Elinor Ostrom (1990) muestra a través de casos de estudio la existencia de formas colectivas de manejarlos comunes, esto es, las normas y reglas institucionales que los gobiernan. Ello conduce a las relaciones entre seres humanos y su comportamiento económico instituido (Polanyi, 2009). Para Ostrom hay un vínculo estrecho entre los cuidados de lo común y la capacidad de construir y evolucionar instituciones, mostrando cómo individuos racionales pueden crear las instituciones que les permiten interactuar para reducir la incertidumbre. Así,

la construcción de estos comunes está estrechamente vinculada a la «construcción de un marco reglamentario que evitan los comportamientos de tipo ‘pasajero clandestino’ a través de instituciones que garanticen acceso y uso ecuaníme a los interesados» (Míguez, 2014, p. 12).

Además de la tragedia por mal uso de los comunes descrita por Hardin, desde la literatura crítica es posible reconocer otras tragedias —de cercamiento, despojo y estatización— en torno a los comunes. El cercamiento de las tierras comunales es fundante de los estados liberales modernos, transformando en propiedad privada lo que antes era común y con ello, arrasando formas tradicionales de vida. Nuevos cercamientos corresponden a la propiedad intelectual y el genoma humano (Boyle, 2003). Los despojos, refieren a las formas de acumulación basadas en el pillaje por desposesión y expropiación de tierras, recursos naturales y culturales comunes (Harvey, 2004). La tragedia de la estatización de los comunes se basa en la confusión entre propiedad estatal y expresión de lo común, donde las burocracias de Estado bloquearon progresivamente la posibilidad generativa y constructora de lo común (Laval y Dardot, 2014).

La constitución de una nueva economía política de los comunes en torno a Elinor Ostrom ha contribuido a dar un contenido positivo a lo común (Laval y Dardot, 2014), pasando de una discusión de las tragedias a una visión de la virtud de lo común, que reconoce el potencial propositivo y generativo del movimiento en torno a los comunes. De esta manera los comunes pueden ser vistos como relación o un devenir en procesos de co-construcción (Vercelli y Thomas, 2008), donde los comunes no son incidentes físicos, sino eventos sociales (Perelmuter, 2011). Para Hardt y Negri (2011), más que ser el común se trata de hacer el común, en tanto que Laval y Dardot (2014) plantean que «solo la actividad práctica puede hacer que las cosas se vuelvan comunes, del mismo modo que sólo esta actividad práctica puede producir un nuevo sujeto colectivo» (p. 58); ergo, el común se define en una construcción desde la praxis. Por lo tanto, no entenderemos el común como una co-propiedad sino como una «co-actividad»

(Laval y Dardot, 2014, p. 57). Así «lo común no es estable ni seguro; más bien es constantemente producido por la multitud de singularidades» (Antonopoulou, Chondros y Koutsari, 2015, p. 58).

5. MÉTODO

El trabajo con viñateros tradicionales del Valle del Itata es parte de un proyecto mayor que problematiza la defensa, construcción y gestión de comunes en torno a diversas actividades económicas en sectores rurales. Al respecto el equipo investigador ha trabajado también con caletas pesqueras (ver Cid-Aguayo, Ramírez, Sepúlveda, y Gómez-Uchida, 2020), recolectores de bosque y de orilla y organizaciones de turismo comunitario. Esta investigación mayor se construye desde un enfoque constructivista y participativo que problematiza el carácter neutral, universal y autónomo de la producción científica, para reconocer las dinámicas de cooperación y representación que se desarrollan entre investigadores e investigados, en lo que Haraway (1991) llama conocimientos situados. El equipo de investigación y la comunidad se comprenden como co-constructores del conocimiento y se espera que este beneficie los procesos políticos y económicos de la comunidad. Es relevante señalar que varios de los miembros del equipo de investigación tienen una excepcional relación vital de larga data con el mundo campesino, la vitivinicultura o el Valle del Itata. El padre de la primera autora nació —en el año 1925— en una casa campesina ubicada a 30 metros del río Itata; el padre del segundo autor ha trabajado en la promoción campesina del valle, incluyendo los procesos de reforma agraria y la familia del tercer autor es aún campesina y vitivinicultora. Todo lo anterior permite que el conocimiento producido sea situado y dialógico.

Se privilegiaron métodos cualitativos que reconocen la construcción simbólica del mundo y la posibilidad de conocer la perspectiva de los protagonistas de la realidad social. En particular para documentar los procesos del Valle del Itata se trabajó con cuatro organizaciones de viñateros del Valle del Itata: la Cooperativa Campesina de Vitivinicultores Agroecológicos de San Nicolás —COPABIO—,

formada por campesinos tradicionales de larga historia de vitivinificación; la asociación Viñateras Bravas del Itata, formada por mujeres viñateras campesinas; la cooperativa ECOPARRAS, formada por viñateros tradicionales de la comuna de Portezuelo; y la asociación Vinos de Patio, formada por viñateros jóvenes. Con cada una de estas organizaciones se desarrollaron 10 entrevistas en profundidad con los dirigentes y algunos asociados, aunadas a alrededor de 60 horas de observación participante en los años 2019 y 2020. Así mismo, con dos de ellas se desarrollaron ejercicios de cartografías sociales participativas (las que se pueden consultar en Cid *et al.*, 2019).

6. RESULTADOS

6.1. LOS COMUNES DEL VALLE DEL ITATA

El proceso de re-emergencia de la pequeña vitivinicultura que se encuentra en curso, creemos se ha desarrollado a través del proceso de revitalización, recuperación y ampliación de dos comunes que dan vida y continuidad al ensamblaje del Valle del Itata: por un lado, el patrimonio biocultural del territorio, cuya expresión organoléptica es el *terroir*; y, por otro lado, la memoria y tejido de asociatividad del valle.

6.1.1. EL PATRIMONIO BIOCULTURAL COMÚN: EL TERROIR

La vitivinicultura en el Valle del Itata se construye a partir de una historia biocultural territorial que los entrevistados reconocen como perteneciente a todos y que es usada por cada uno de los viñateros en la construcción de su producto. En este caso «biocultura» designa la interrelación entre procesos biológicos y construcciones culturales (Carroll *et al.*, 2014), que son precisamente los componentes del paisaje y que en la viñatería se describen usualmente como *terroir*.

Cabe preguntarse, ¿cuáles son los elementos ensamblados, que, en su conjunto, describen el *terroir* del valle Itata? En primer lugar, hay una topografía común en torno al río; tierras arcillosas ricas en cuarzo; la irrigación y humedad que ese curso de agua provee; las condiciones climáticas del secano costero e interior del centro sur de Chile, que dan lugar a

lluvias invernales y a primaveras y veranos tórridos y secos (que previenen hongos y ayudan a madurar la uva); sectores con humedad matinal proveniente del mar y del río, que permiten vinos frescos. Como lo señaló un vitivinicultor de COPABIO, «da un vino tinto excelente ahí, porque, desde que amanece, el sol le pega» (Viñatero de San Nicolás, Comunicación personal, 2018), lo que permite que el vino salga *asoleado*.

La topografía semimontañosa del Valle del Itata permite distintos microclimas que van dando distintas expresiones a la uva. El valle completo es zona de secano, donde han mantenido una agricultura de rulo, es decir, dependiente exclusivamente de las aguas lluvias —a diferencia de la vitivinicultura de riego en la zona central—. En lomas la tierra es más seca, ya que el agua escurre más, pero en las vegas se concentra el agua, formando un terreno barroso. Ello produce uvas con diferencia en los niveles de azúcar y cantidad de racimos. Las viñas de vega, que permanecen más cerca del río Itata, reciben una influencia marina que otorga vinos más frescos, cítricos y de menos grados alcohólicos. Las viñas de loma, que se encuentran más al interior, producen vinos más licorosos, espesos y secos.

Sobre la base de estas características topográficas comunes a los sectores de secano costero e interior se ha ido construyendo un patrimonio biogenético y sociocultural en torno a la vitivinicultura, a partir de la coevolución seres humano y naturaleza, por lo que tanto naturaleza como humanos se co-construyen. El clivaje de esta coevolución es la uva de cepa País y en menor medida las cepas Cinsault y Moscatel de Alejandría. De la variedad de cepas tempranamente introducidas en la zona, la cepa País encontró en el clima local las condiciones óptimas para su reproducción. Así mismo, generaciones de viñateros fueron seleccionando y reproduciendo selectivamente las plantas que parecían adaptarse al lugar, sobrevivir a las condiciones adversas de la agricultura de rulo y ser resistentes a plagas y sequías. Como resultado, la cepa se expresa ahora en una planta de alta rusticidad y que es escasamente atacada por enfermedades, permitiendo un cultivo de bajos o nulos insumos químicos.

Así, las parras de cepa País –reconocidas por los viñateros como patrimoniales–, constituyen un común sociogenético, biocultural, que no es estático, sino que está en permanente transformación a través de la agencia humana. Una parra antigua puede crear nuevas parras a través de la gestión humana. Si bien cada parra individual posee un dueño, en su conjunto la circulación y mejoramiento del material genético constituye un ejercicio de creación común. Una vitivinicultora lo describe como «una joya que tenemos» (Viñatera de San Nicolás, comunicación personal, 2019); usando precisamente el verbo en plural *tenemos*, no como propiedad privada, sino como una joya que se comparte en el territorio. En la misma línea, un vitivinicultor de Portezuelo plantea que «la riqueza en común que nosotros tenemos acá en el Valle del Itata son nuestras parras, nuestras parras patrimoniales, ese creo que nuestro bien común» (Viñatero de Portezuelo, Comunicación personal, 2019). Tales parras son cultivadas *en cabeza* o sin conducción, lo que limita su crecimiento, haciéndolas menos productivas; pero favoreciendo uva más dulce, pues permite al racimo recibir el calor directo del sol e indirecto de la tierra y acerca la uva al suelo para recibir la microbiota del mismo.

En este ensamblaje participan también elementos microscópicos: i) levaduras y bacterias que colonizan las uvas. Esta microbiota proviene del entorno, que es preservada por prácticas agrícolas de bajo uso de agroquímicos, siendo también relevante la pervivencia de bosque nativo en el lugar; y, ii) las condiciones socioecológicas provistas por la agricultura campesina. Asimismo, la presencia de esta microbiota permite la elaboración de vinos naturales, sin adición de levaduras y otros sistemas de fermentación.

El ensamblaje es gestionado por los propios viñateros, a través de prácticas muy tradicionales de cultivo de las viñas y de vinificación. Cabe destacar prácticas como el arado cruzado, que consiste en una antigua técnica que aún se realiza con un caballo y arado angosto para remover la tierra, arrancar las malezas que puedan competir con la viña y dejarlas de abono natural. Como esta técnica requiere de caballo y una persona que lo guíe,

su costo es elevado. La técnica –de arado suave en dos direcciones– permite disminuir la erosión por arrastre de la lluvia, y requiere un importante conocimiento del territorio. Como lo describe un vitivinicultor:

Tú rompes, (...) aras de cordillera a mar o viceversa y después cruzas de norte a sur (...) si tú aras en el mismo sentido de donde viene el agua, te erosiona, por lo tanto, la última arada tiene que estar en contra de la pendiente, entonces tú retienes y filtras agua. (Viñatero de Portezuelo, Comunicación personal, 2019)

Esta técnica no solo disminuye la erosión, sino que permite retener aguas en las napas subterráneas.

Para evitar el uso de herbicidas se utilizan prácticas mecánicas como *descanar, rastrear, sacar el cuadro*, todas ellas consistentes en remover manualmente la maleza. Así mismo las parras en cabeza sin conducción son bajas y se despeja con azadón la tierra, para elevar los racimos. La presencia de otros seres vivos –como insectos y camarones– airea la tierra y mejora la microbiota, pero obliga a mayores cuidados: «hay harto camarón y el camarón como trabaja pa' arriba a la orilla de la planta... Entonces la abrimos y sacamos la tierra pal lado» (Viñatero de Portezuelo, comunicación personal, 2019).

Los procesos de vinificación son también muy tradicionales, con baja o nula carga química. Incluso algunos aún mantienen el *zarandeo*, o molienda de la uva con pies y manos sobre una rejilla de coligüe o bambú chileno. En procesos de microvinificación que elaboran vino con cepas de buena levadura o altos grados brix –azúcares en los frutos– permite elaborar vinos naturales o ecológicos. En palabras de un productor:

La cepa País tiene una particularidad, que tiene una levadura buenísima, en serio, porque normalmente las cepas francesas hay que colocarle levadura (...) para que haga todo el proceso de transformación de la azúcar a alcohol; y la País, no, inclusive antiguamente nosotros decíamos, tiramos la uva País y se hace sola. (Viñatero de Portezuelo, comunicación personal, 2019)

El proceso de fermentación involucra seguimiento, donde se mide la temperatura y la densidad del vino, dos o tres veces por día y se *remonta* el vino. En palabras de un viñatero, es «sacarle lo de abajo y echarlo arriba» (Viñatero de Portezuelo, comunicación personal, 2019). Luego de ello se *mostea*—separa el orujo— y se almacena en *cubas*, *fudres*, e incluso en bidones plásticos—como es el caso de viñateros empobrecidos—, iniciando un proceso de decantación de partículas sin filtrado industrial.

El conjunto de estas prácticas permite la mantención de las parras patrimoniales de uva País y la existencia de su microbiota asociada. Además, están ancladas en la permanencia de una cultura campesina de baja escala de producción y dan al vino de la zona un sabor característico. Así también las viñas pequeñas coexisten con otras actividades de ganadería menor y agricultura de bajos insumos en las que existe un rechazo generalizado al uso de agroquímicos, que ha llevado a muchos agricultores a definirse como agroecológicos. El cuidado de la cepa País y este conjunto de prácticas contrastan con las viñas industriales que —durante el siglo XIX y XX— dejaron de reproducir la cepa País y la Moscatel, reemplazándola por variedades francesas de moda; y junto a ello, adoptando prácticas productivas y de vinificación modernas, muchas de las cuales involucraban un mayor uso de insumos químicos. Como lo señaló un entrevistado:

Este fue el primer valle vitivinícola y siempre se ha quedado así tal cual, no se fue modernizando, las demás viñas del norte ellas si adoptaron cambios (...) entonces la calidad de ese vino no es la misma, por ejemplo, que una planta de secano, que no tiene conducción, la viña sola va regulando la capacidad de carga de la uva. (Viñatero de Coelemu, Comunicación personal, 2019)

De esta manera «tú compras no solo por el vino, tú compras también la historia» (Viñatero de Portezuelo, comunicación personal, 2019). En un sentido muy similar, un vitivinicultor de Coelemu decía «lo que vende más es el patrimonio» (Viñatero de Coelemu, comunicación personal, 2019). Aquí se da otra

muestra de los usos del patrimonio y de la historia como un común inmaterial del cual tributan el conjunto de los viñateros. En los últimos años ha existido un proceso de revalorización de las cepas tradicionales, que durante mucho tiempo habían sido menospreciadas, de manera que hoy existe una suerte de *boom* del Valle del Itata.

En síntesis, el primer gran común que subyace al nuevo boom vitivinícola del Valle del Itata es un complejo ensamblaje que articula: una topografía, una cepa, un complejo microbiológico, un conjunto de prácticas agrícolas y enológicas campesinas y —finalmente— una historicidad. En 1995 se definió al Valle del Itata como una de las subregiones vitivinícolas con denominación de origen (Ministerio de Agricultura, 1994, Decreto N° 464), aunque solo para los vinos de cepas francesas y vino Moscatel. El reconocimiento que han hecho las organizaciones campesinas por revalorar la cepa País y resguardarla como patrimonio, ha derivado en un proceso de cooperación entre organizaciones campesinas y autoridades gubernamentales en una Mesa del Vino. Como resultado, en el año 2018 se estableció la denominación de origen especial «Secano Interior» para señalar a los cepajes País o Cinsault que provengan exclusivamente de las áreas de secano, incluyendo las comunas del Valle del Itata (Ministerio de Agricultura Decreto, 2018, N° 56). Las denominaciones de origen juegan un rol de reconocimiento territorial, ya que establecen de qué territorio es producido un vino, pero también —como se verá más adelante— pueden representar un riesgo de despojo de la historicidad del vino.

6.1.2. LAS RELACIONES ASOCIATIVAS

Si el primer común refiere al proceso biocultural que ensambla lo humano y no humano, el segundo gran común identificado por las organizaciones es el conjunto de relaciones sociales que ha ido creando y salvaguardando una propiedad colectiva central para el proceso productivo. En el Valle del Itata fueron encontrados diferentes ejemplos de asociatividad informal y formal, desde una densa red de *vuelatas de manos* —es decir, intercambios recíprocos de trabajo—, hasta

cooperativas formalmente constituidas. Parte de esta red se expresa en diversas formas de propiedad colectiva, en una serie de medios de producción como cubas, bodegas o despalladoras. Estas formas colectivas de propiedad se han fundado en la necesidad material de asociarse debido al alto costo de la infraestructura productiva y la corta cantidad de tiempo que usan estos elementos. Ello permite que sean comunes de baja rivalidad en el uso, ya que pueden compartirse durante el año y alcanzan para todos. Como lo señaló un vitivinicultor: «vamos rotando, porque son equipos caros, entonces comprarlos uno solo es muy caro, no podríamos tener, en cambio así entre varios, vamos rotando no más, lo ocupamos un par de veces, dos veces al año» (Viñatero de Coelemu, comunicación personal, 2019).

Estas formas de propiedad colectiva se organizan bajo formas jurídicas heterogéneas, incluyendo no solo cooperativas sino también sindicatos y sociedades por acciones. Incide en ello el heterogéneo imaginario y memoria en torno al cooperativismo, marcado por diversas experiencias económicas y políticas. Para algunos la memoria recuerda fracaso económico y fragilidad: «Claro y después se van a quiebra y listo, el más chico que, a dónde va a ir a alegar, las cooperativas no; yo prefiero trabajar solo no más, no asociarse con nadie» (Viñatero de San Nicolás, comunicación personal, 2018).

A pesar de este recuerdo, en la práctica se desarrollan diversas experiencias asociativas y cooperadoras, bajo otras formas jurídicas, en lo que los mismos protagonistas llaman *cooperativismo sin cooperativas*. Ello les permite adquirir infraestructura en forma colectiva, vender colectivamente a mejor precio sus productos y vincularse con el mercado exterior. Esta experiencia se ha expresado también en un nuevo ciclo de cooperativismo, pero ahora de pequeña escala. Lejos de la magnitud de las grandes cooperativas históricas, son más bien cooperativas pequeñas de productores vecinos, vinculadas por redes de confianza: «ahora con la cooperativa hay la posibilidad, uno de vender la uva porque la cooperativa hace el negocio y uno entrega a la cooperativa y ellos le pagan a uno. Yo creo que eso se ha mejorado» (Viñatero de San Nicolás, comunicación personal, 2019).

6.2. TRAGEDIA, CERCAMIENTOS Y DESPOJOS

Durante el proceso de modernización de la vitivinicultura en Chile en el siglo XX, el patrimonio vitivinícola campesino –tanto las cepas tradicionales como el *terroir* territorial– fue despreciado y desvalorizado, al punto de llevarlo al borde de la tragedia. Como lo señaló un vitivinicultor de «antes (la cepa) País andaba medio abandonada porque mucha gente arrancó las viñas País porque nadie compraba» (Viñatero de Guarilhue, comunicación personal, 2019). Junto al abandono de la cepa, existe también un abandono de las prácticas de cultivo de viñas y elaboración de vinos tradicionales y su reemplazo por formas modernas. Como lo dijo otro agricultor, la gran amenaza al vino es «que lleguen las viñas grandes de fuera y traigan todos sus métodos de cómo ellos hacen el vino afuera» (Viñatero de San Nicolás, comunicación personal, 2019). De esta manera, la primera tragedia de este común parecía estar más asociada al desuso que al sobre uso de la misma, pues –al igual que otros comunes socionaturales–, solo existe en la medida que una comunidad lo reproduce y cuida. Esto evidencia a la vitivinicultura como un común con el cual «se enriquecen con su tráfico, se potencian cuando son compartidos, son más creativos a medida que se producen colaborativamente en el tiempo» (Vercelli y Thomas, 2008, p. 437).

Junto a la desvalorización de la cepa hay un abandono de las prácticas de vinificación y, asociado a ello, un deterioro –por abandono, falta de mantención y uso– de la infraestructura tradicional para vinificar: bodegas, lagares y cubas. Paradójicamente, el abandono de las prácticas de vinificación está asociado al encadenamiento productivo entre viñateros tradicionales y grandes viñas, el cual fue promovido en la década de 1990 por los gobiernos, como una forma de modernizar y revitalizar la viñatería tradicional. De acuerdo con el relato oral de los viñateros, hacia la década de 1990 las grandes viñas compraban el kilo de uva a buenos precios, por lo que muchos viñateros abandonaron la vinificación. El desuso y falta de mantención de las cubas y lagares de madera permitió que estos se «abrieran» y resultaran inútiles. Posteriormente,

un fuerte terremoto del año 2010 terminó por destruir muchas de las viejas bodegas de adobe, que por sus cualidades térmicas eran muy apreciadas para la elaboración de vinos. De esta forma muchos viñateros perdieron la capacidad de vinificar en forma autónoma, momento en el que las grandes viñas –en una posición dominante–comenzaron a reducir el precio pagado por el kilo de uva, sin posibilidad de negociación. Ello precisamente ocurría en un momento en que los mercados comenzaron a apreciar cepas patrimoniales y formas de cultivo que usaban menos químicos.

De esta manera, la primera tragedia por desuso ha ido mutando a una segunda tragedia por despojo, en la relación con las grandes viñas chilenas. Actualmente el común material e inmaterial biogenético de las uvas está en permanente riesgo de despojo por parte de la gran viñatería industrial. Debido al crecimiento de la demanda global de vinos, gran parte de la producción de las grandes viñas ya no se sostiene sobre producción propia de uvas, sino a través de la compra de uvas y mostos a pequeños productores y a sus cooperativas y sociedades, a un precio volátil y generalmente bajo, existiendo diferencias de incluso un 100% entre el precio de venta de una cosecha y otra, dependiendo del año (Buzzeti, 2019). Esta compra anual, que actualmente representa una importante posibilidad de ingresos monetarios para los pequeños viñateros, ha ido desincentivando la vinificación campesina, al tiempo que ido promoviendo encadenamientos productivos con la industria. La situación de hoy está marcada por el bajo precio del kilo de uva, en un contexto donde muchos pequeños viñateros «no tienen ninguna alternativa, sino que venderla a la industria; por lo tanto, no, tú no puedes mejorar, inclusive tu tampoco la puedes vender, porque se puede vender también como mejor fruta» (Viñatero de San Nicolás, comunicación personal, 2019). Esto ha llevado a las organizaciones de pequeños viñateros a organizar diversas demostraciones callejeras, incluyendo tomas de carreteras, que inclusive les ha significado querellas de parte del Gobierno Regional de Ñuble en contra de ellos, lo que resulta bastante sorprendente dada la edad avanzada

de la mayoría de quienes participan en estas protestas (Meleán, 2019).

Esta progresiva interrelación entre la viñatería campesina y la viticultura tradicional, puede ser vista como un creciente proceso de despojo, no solo porque las grandes viñas industriales aprovechan su posición monopsonica para comprar a precios bajo la uva, sino también porque las grandes viñas se están apropiando –en sus cavas– de la genética y el *terroir* del Itata largamente defendido por los vitivinicultores y sus organizaciones. Las grandes viñas, embotellan, venden y se benefician de la construcción socio-genética de la vitivinicultura tradicional. Ejemplo de ello es que algunas de las grandes viñas hacen uso de la denominación de origen del Valle del Itata, donde al menos dos de las tres grandes viñas– y varias viñas industriales medianas– ofrecen vinos de cepas País, Cinsault y Moscatel con dicha denominación. De esta manera, las viñas industriales no solo usan y movilizan el común biocultural que ha sido guardado y reivindicado por la agricultura campesina, sino que más aún instrumentalizan el común organizacional de la zona, utilizando a las cooperativas y otras asociaciones campesinas como instancias de organización y acopio de uva para un encadenamiento más eficiente con la industria.

Esta compleja relación con la vitivinicultura industrial aparece agudizada en el contexto de cambio y variabilidad climática. Existe el temor de que el Valle Central –cercano a la ciudad de Santiago y donde se ubica mayoritariamente la vitivinicultura industrial– puede perder el conjunto de condiciones favorables asociadas a la viticultura, su propio *terroir*. Por ejemplo, en año 2018 el Diario El Financiero (Esturillo, 2018) publicaba la noticia *El plan del grupo Angelini para hacer del Valle del Itata el nuevo Colchagua*, explicitando que importantes sectores del empresariado veían en el Itata una posibilidad de inversión.

Además de la relación de despojo con la gran vitivinicultura, existen otros dos procesos de cercamiento en torno a los comunes que es reconocido por los viñateros. El primero de ellos es la coexistencia con el monocultivo forestal de pinos y eucaliptos, que ocupan buena parte de la superficie del Valle –representando un 65,5% del territorio de acuerdo con Yáñez, 2019– y que ha sido

ampliamente beneficiado por el Decreto Ley 701 (Ministerio de Agricultura, 1974) que bonifica y da beneficios tributarios a la actividad. Un vitiviniculador lo plantea con un sentido histórico: «Todo esto que se ve aquí de bosque era pura viña, todos esos fundos que están al lado de Coelemu antes, viniendo de Chillán, eran pura viña, a ambos lados del río» (Viñatero de Guarilhue, comunicación personal, 2019).

La amplia extensión de monocultivos aumenta el riesgo de incendios y la forma en que pinos y eucaliptus toman agua, afecta la geomorfología del Valle del Itata. El cercamiento forestal implicó que sectores del Valle estuvieran rodeados de plantaciones forestales, lo que acercó incendios a sus casas y plantaciones: «Los incendios, las mismas sequías que hay, es por el producto de las forestales. Los pinos, los eucaliptos (...) absorben toda el agua» (Viñatero de Portezuelo, comunicación personal, 2019).

La expansión forestal se asocia a los problemas documentados más arriba: el bajo precio pagado por el kilo de uva ha incentivado a algunas personas a vender sus tierras y un comprador siempre interesado ha sido la industria forestal. En palabras de un vitiviniculador:

Quando ya nos empezaron a castigar fuerte con los precios, muchas personas empezaron a plantar pinos entonces (...) si sigue muy barato esta cuestión se va a vender toda (la tierra), se va a volver puro bosque, y al final nos va a perjudicar a todos. (Viñatero de San Nicolás, comunicación personal, 2019)

Este conjunto de tragedias y despojos son vividos como un proceso continuo por los viñateros. Como lo expresó uno de ellos, «viene todo el grupo junto» (Viñatero de Portezuelo, comunicación personal, 2019): el cambio climático, la destinación forestal del territorio, la escasez de agua y las grandes viñas son parte de un todo, hay un hilo común —un ensamblaje— que articula estos factores y que cambia la morfología territorial. Resultado de estos cercamientos es el importante proceso de *descampesinización*; esto es, la expropiación de una forma de vida en sus dimensiones materiales e

inmateriales, cuya práctica es acorralada por las grandes viñas, el monocultivo forestal y frutícola. Todo lo anteriores a su vez cruzado por la angustia del cambio climático. Muchos viñateros se conciben como la última generación, dedicada a esta actividad.

Una de las consecuencias más vívidas de ello es la ausencia de mano de obra para el conjunto de labores intensivas del ciclo vitivinícola. Las formas históricas de *vuelgas de mano* o intercambio de trabajo recíproco estaban basadas en la existencia de familias campesinas —con varios miembros capaces de trabajar— que se apoyaban mutuamente. Así también la contratación de jornaleros para las épocas de trabajo intensivo supone la existencia de personas capacitadas y dispuestas a trabajar por día, así como la posibilidad real de que las pequeñas viñas puedan pagar salarios competitivos. Ninguna de esas condiciones está presente actualmente. El creciente despoblamiento rural, el envejecimiento de las familias, la pérdida de saberes rurales y —también— las dificultades económicas que afectan a la pequeña vitivinicultura minan la posibilidad de hacer intercambios efectivos de trabajo y de encontrar trabajadores por día. De esta manera son los propios vitivinicultores —muchos ya mayores— los encargados de la totalidad del proceso productivo; desde el cuidado y mantenimiento de las parras, pasando por la vinificación, hasta el proceso de embotellamiento y todavía más: la comercialización y distribución. Es este último proceso el que más dificultad suele representar para los vitivinicultores del Itata, pues muchas veces implica establecer relaciones comerciales con intermediarios, locales de comida o negocios comerciales.

6.3. RESISTENCIAS Y RE-EXISTENCIAS DE LA VITIVINICULTURA CAMPESINA

Pese a las tendencias al cercamiento y «descampesinización» antes descritas, es posible encontrar contra movimientos —tendencias de esperanza— que permiten imaginar futuros territoriales alternativos. La primera expresión de este contramovimiento es la resistencia obstinada de un modo de vida por parte de viñateros tradicionales, como planteó un vitiviniculador: «Hay gente que a pesar de eso

aún sigue trabajando, aunque trabaje a pérdida, es lo que saben hacer y no tienen otro... Es lo que tienen que hacer no más» (Viñatero de Coelemu, comunicación personal, 2019).

Una expresión más compleja son personas jóvenes que deciden hacerse cargo de que no muera una forma de vida que fue parte de sus familias durante varias generaciones. Así, nuevos viñateros toman la responsabilidad de mantener la tradición, luchando contra la expropiación de un modo de vida que les es común, que aprendieron de sus padres y abuelos, que es más antiguo que la propia República Chilena. En palabras de un joven vitiviniculador, «¿y cómo dejar botado lo que han trabajado los abuelos, los papás? Entonces mantener una cultura, dejar una cultura viva» (Viñatero de Guarilhue, comunicación personal, 2019).

Algunos entrevistados hablan de *parras y viñas recuperadas*, esto es, cultivadas en un terreno que antes fue forestal. De esta manera cultivar viñas se entiende como un acto político contra hegemónico, en el que se combate la expansión forestal. Se puede observar acá una *recreación y ampliación de comunas*, que se enfrenta directamente a los diversos cercamientos antes descritos. En palabras de un vitiviniculador, «al final plantar viña es estar ocupando un terreno que podría estar ocupado en muchas cosas que son más nocivas, como los pinos, los eucaliptus» (Viñatero de San Nicolás, comunicación personal, 2018). Allí plantar es un acto político, es una disputa material por el territorio y por su construcción social.

Estos nuevos viñateros buscan crecer, pero con límites; hacer un buen negocio, pero «ojalá no ser como las grandes viñas» (Viñatero de Guarilhue, comunicación personal, 2019). Esto es crecer, pero sin dejar de lado la calidad de las parras patrimoniales y las formas tradicionales de hacer el vino. Pues se trata de «hacer un producto con amor que al final se refleje en una botella, los otros son números no más, pero uno no po, que la gente disfrute y tenga buenos recuerdos, una buena conversación con un vino» (Viñatero de Guarilhue, comunicación personal, 2019).

Más que el crecimiento individual, se ve con buenos ojos la posibilidad de replicabilidad, esto es que otras experiencias de pequeña

vitiviniculadora se repliquen en el Valle del Itata, permitiendo una sinergia entre los vitivinicultores para el mejoramiento entre todos, y enfrentar en conjunto los cercamientos, principalmente el forestal. En este proceso de recuperar una forma de vida es posible reconocer vitivinicultores de generaciones más jóvenes, que luego de experiencias urbanas están viviendo procesos de recampesinización (van der Ploeg, 2010). En la ciudad estudiaron, trabajaron, pero finalmente optaron por el regreso a la vida rural como espacio para vivir con mejor calidad de vida. Como plantea un vitiviniculador joven, «la tranquilidad, la paz, el, el poder eh como dijera... mandarse solo, tiene más tiempo libre, puede hacer más cosas diferentes» (Viñatero de Guarilhue, comunicación personal, 2019).

Ello no se corresponde con la imagen esencialista de lo campesino, sino que son hijos de sus tiempos, poseen experiencia urbana, son usuarios de las nuevas tecnologías de la información y desde allí viven la condición campesina. Un vitiviniculador plantea que: «hay que buscar la forma de hacer una renovación sin matar la tradición, o sea, renovar el sistema, y eso se consigue mediante sistemas que sean respetuosos con la tradición» (Viñatero de Portezuelo, comunicación personal, 2019). Es una nueva generación de campesinos que valora de nuevas formas la vitivicultura tradicional —en sus técnicas antiguas—, pero abierta a transformaciones menores que puedan mejorar la posibilidad económica de esta forma de vida: «Quiero mejorarme, quiero *'amononarme'*: quiero ponerme a lo mejor avanzar, junto con cómo va avanzando la tecnología» (Viñatero de Portezuelo, comunicación personal, 2019). En esta tensión y diálogo entre saberes campesinos y saberes técnicos, el saber enológico adquiere un nuevo protagonismo.

Un último aspecto de los procesos de re-existencia de la vitivicultura campesina es la creación de nuevas redes de comercialización que valoran la diferencia de la elaboración local de vinos. Entre ellos destacan una serie de eventos asociados al vino, tales como fiestas de la vendimia y ferias campesinas desarrolladas en las comunas del Valle del Itata y que atraen a los habitantes de los centros urbanos cercanos. Estas fiestas, organizadas en conjunto

entre las municipalidades y las organizaciones viñateras, constituyen un importante espacio de comercialización y de muestra de productos. Junto a ello, algunas organizaciones de productores han avanzado hacia mecanismos de venta directa, comercializando a través de internet, abasteciendo sin intermediarios a restaurantes o estableciendo vínculo con organizaciones de consumidores como comunidades de *Slow Food*. Existe allí una potencialidad, especialmente en un contexto en que los consumidores aparentemente se alejan de los oligopolios y existe una revalorización de lo local.

7. CONCLUSIONES

La vitivinicultura campesina evidencia el carácter común y generativo del patrimonio biocultural de un territorio. Se trata de un común ampliado, no un bien delimitado sino una red socionatural en la que participan actores humanos y no humanos –la cepa, el clima, los campesinos, el sol, la tierra, las bacterias, finalmente un modo de vida y una historicidad–, que en su conjunto van creando un *terroir* que se vive y recrea como patrimonio común. Son precisamente las economías y formas de vida campesinas las que han preservado y ampliado estos comunes socioterritoriales frente a prácticas modernas e industriales fuertemente homogeneizadoras. Son los viejos y los nuevos campesinos, que con el corazón antiguo rescatan y re-crean estos comunes.

Es un común sobre el que pesan tragedias, cercamientos y despojos, pero no de sobreuso o mal uso como las descritas por Hardin, sino más bien por desuso. Lo que más amenaza este común es el abandono de su práctica –dentro de un complejo modo de vida campesino– y su desplazamiento por actividades de agricultura y forestería industrial más rentables. Cuando en las últimas décadas este común es «redescubierto» y revalorizado, tanto por sus propios cultores como por los mercados de consumo, hay en torno al mismo un proceso de reactivación que ha sido ciertamente positivo. Aparecen sin embargo nuevos actores, actuando como pasajeros clandestinos o «*free riders*», que quieren

aprovechar este común sin ser parte de la red socionatural que ha preservado, resguardado y hecho la gestión política para su revalorización. La industria vinícola expropia este común, largamente resguardado en el mundo campesino, de tres maneras: comprando la uva a muy bajos precios para embotellarla bajo su marca; usando la denominación de origen, que inicialmente fue gestionada para proteger el patrimonio campesino; y, más recientemente, planeando comprar terrenos para expandir sus territorios hacia la zona del Itata.

Es necesario entonces buscar mecanismos institucionales –locales y regionales– capaces de proteger este común frente a la apropiación que, cual nuevas «acumulaciones originarias», hace la viticultura industrial. Creemos que esta protección debe estar basada en una alianza entre las comunidades de productores, gobiernos locales y eventualmente organizaciones de consumidores, con miras a proteger –no un origen territorial, como hacen actualmente las denominaciones de origen– sino un protocolo o una práctica inserta dentro de una forma de vida campesina o neocampesina. Así también se deben buscar mecanismos –tales como bandas de precios justos protegidos– que regulen la relación entre pequeños viticultores y la industria oligopsonica.

La economía política de los comunes permite pensar más allá de la dicotomía moderna entre el Estado y mercado, así como también permite tener herramientas analíticas para mirar la comunidad, observando relaciones más allá de los binarismos, para comprender que los comunes son relaciones, cosas y también material genético o ideas. Sus protagonistas hablan de forma de vida –un ensamblaje socionatural–, que resiste y donde la asociatividad juega un rol importante.

8. AGRADECIMIENTOS:

Investigación efectuada en el marco del Proyecto Fondecyt No 1190020, «Comunalización y heterogeneidades económicas: espacios de diálogo en torno a casos en el centro-sur de Chile».

REFERENCIAS

- Alonso, A., y Ferreira, S. (2014). El cuerpo privado de la cultura: industria simbólica, libertad y bienes comunes. *Argumentos de Razón Técnica*, (17), 65-92. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4935425&orden=1&info=link>
- Antonopoulou, E., Chondros, C. y Koutsari, M. (2015). Hacia la producción de bienes comunes del diseño: una cuestión de escala y reconfiguración. *ARQ (Santiago)*, 54-63. Recuperado de https://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0717-69962015000300009&script=sci_abstract
- Boyle, J. (2003). *El segundo movimiento de cercamiento y la construcción del dominio público*. [Traducción al español de Ariel Vercelli (2005)]. Recuperado de <http://www.arielvecelli.org/documentos/E2MDCYLCDP-BOYLE.pdf>
- Buzzeti, C. (2019). *Boletín del vino: producción, precios y comercio exterior. Avance a julio de 2019*. Santiago, Chile: ODEPA.
- Capel, H. (2003). El drama de los bienes comunes. La necesidad de un programa de investigación. *Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, 8(458). Recuperado de <http://www.ub.edu/geocrit/b3w-458.htm>
- Capellá, H. (2009). Por los caminos de la identidad y del desarrollo regional. *Atenea (Concepción)*, (500), 75-90. doi: <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-04622009000200006>
- Carroll, J., Clasen, M., Jonsson, E., Kratschmer, A. R., McKerracher, L., Riede, F.,... Kjærgaard, P. C. (2015). Biocultural theory: The current state of knowledge. *Evolutionary Behavioral Sciences*, 11(1), 1-15. doi: <http://dx.doi.org/10.1037/ebs0000058>
- Cartes, A. y Arriagada, F. (2008). *Víñas del Itata. Una historia de cinco siglos*. San Pedro de la Paz, Chile: Pencopolotana.
- Castilla, J. C. (2015). Tragedia de los recursos de uso común y ética ambiental individual responsable frente al calentamiento global. *Acta Bioethica*, 21, 65-71. Recuperado de https://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1726-569X2015000100009
- Cid-Aguayo, B., Ramírez, A., Sepúlveda, M. y Gómez-Uchida, D. (2020). Salmones chinook en Chile: de invasión biológica a oportunidad socioeconómica mediante la autogestión sostenible del recurso de uso común. *Agroalimentaria*, 26(50), 19-35. doi: <https://doi.org/10.53766/Agroalim/2020.26.50.02>
- Cid-Aguayo, B., Saravia, P., Letelier, E., Vanhulst, J., Carroza, N., Arias, L. y Vega, D. (2019). *Cartografías de heterogeneidad económica*. Concepción, Chile: Amukan Editorial Itinerante [Atlas Ilustrado]. Corporación de la Reforma Agraria, CORA. (1967) *Ley N° 16.640 de Reforma Agraria*. Santiago, Chile: Editorial Universitaria, S.A.
- Duhart, F. (2011). Eco-anthropological considerations on terroir. *Mundo Agrario*, 11(22). Recuperado de <https://www.mundoagrario.unlp.edu.ar/article/view/v11n22a10>
- Esturillo O., J. (18 de junio de 2014). El plan del grupo Angelini para hacer del valle del Itata el nuevo Colchagua (15 de junio de 2018). *Diario El Financiero* [edición digital]. Recuperado de <https://www.elfinanciero.com.ve/plan-del-grupo-angelini-para-hacer-del-valle-del-itata-el-nuevo-colchagua-2018-06-15/173052.html>
- Flores-Xolocotzi, R. (2015). Bienes comunes. Un manifiesto. *Polis*, 11, 205-212. Recuperado de <http://www.scielo.org.mx/pdf/polis/v11n1/1870-2333-polis-11-01-00205.pdf>
- Gibson-Graham, J. K., Cameron, J., y Healy, S. (2017). *Retomemos La Economía: Una Guía Ética Para Transformar Nuestras Comunidades*. Bogotá, Colombia: Editorial de la Pontificia Universidad Javeriana.
- Gómez, S. (1985). *Movimiento campesino en Chile*. Santiago, Chile: FLACSO. (Documento de trabajo/Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, no. 246).

- Gómez, C. L., y Maldonado, J. R. (2015). Accesibilidad a los centros poblados en el Valle del Itata, Provincia de Ñuble, Chile. *Polígonos. Revista de Geografía*, (26), 255-276. doi: <https://doi.org/10.18002/pol.v0i26.1706>
- González Meyer, R. (2019). La larga disputa por lo común y solidario en la economía (hacia un orden más plural). *Cultura Económica*, 37(97), 45-64. Recuperado de <http://200.16.86.39/index.php/CECON/article/view/2002>
- Guerrero, R. (2000). *Las cincuenta y dos puertas de la Octava Región*. Concepción, Chile: Ediciones CEUR-Universidad del Bío-Bío.
- Hardin, G. (1968). La tragedia de los comunes. *Science*, 162(37), 1243-1248. doi: 10.1126/science.162.3859.1243
- Hardt, M. y Negri, A. (2011). *Commonwealth: El proyecto de una revolución del común*. Madrid, España: Akal.
- Haraway, D. (1991). *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinvención de la naturaleza*. Madrid, España: Ediciones Cátedra.
- Harvey, D. (2004). *El «nuevo» imperialismo: acumulación por desposesión*. Buenos Aires, Argentina: CLACSO-Socialist Register. Recuperado de <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20130702120830/harvey.pdf>
- Hernández, C. y Briones, F. (2018). Vitivinicultura al sur del valle central de Chile: el caso de Portezuelo, cultivo vitivinícola tradicional. *Idesia (Arica)*, 36(1), 133-138. doi: <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-34292018000100133>
- Instituto Nacional de Estadísticas, INE. (2018). *Síntesis de resultados. Censo 2017*. Santiago, Chile: INE. Recuperado de <https://www.censo2017.cl/descargas/home/sintesis-de-resultados-censo2017.pdf>
- Kaldjian, P. (2009). The taste of place: A cultural journal into terroir by Amy B. Trubek. *Journal of Regional Science*, 49(5), 1010-1014. doi: https://doi.org/10.1111/j.1467-9787.2009.00652_6.x
- Lacoste, P., Castro, A., Briones, F., y Mujica, F. (2015). El pipeño: historia de un vino típico del sur del Valle Central de Chile. *Idesia (Arica)*, 33(3), 87-96. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-34292015000300013>
- Laval, C. y Dardot, P. (2014). *Común: ensayo sobre la revolución en el siglo XXI*. Barcelona, España: Gedisa.
- Mariángel, P. (2016). *Activación patrimonial y memoria. Alternativas para el reconocimiento del paisaje del vino pipeño del Valle del Itata como patrimonio subalterno*. (Tesis de grado inédita). Diplomado en Patrimonio Cultural, Ciudadanía y Desarrollo local, Universidad de Santiago de Chile, Santiago.
- Meleán, A. (12 de agosto de 2019). Viñateros de Ñuble cortan la ruta del Itata por bajos precios. *Diario La Discusión* [edición digital]. Recuperado de <http://www.ladiscusion.cl/vinateros-de-nuble-cortan-la-ruta-del-itata-y-exigen-precios-justos/>
- Méndez, K. (2016). *El rol de la identidad territorial de las cepas tradicionales en la reconfiguración socio-espacial del Valle del Itata*. (Tesis de maestría inédita). Maestría en Geografía, Universidad de Chile, Santiago. Recuperado de <http://repositorio.uchile.cl/bitstream/handle/2250/141458/el-rol-de-la-identidad-territorial-de-las-cepastradicionales.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Míguez Núñez, R. (2014). De las cosas Comunes a todos los hombres. Notas para un debate. *Revista Chilena de Derecho*, 41, 7-36. Recuperado de <https://www.jstor.org/stable/24344132>
- Ministerio de Agricultura. (1974). *Decreto Ley 701 fija régimen legal de los terrenos forestales o preferentemente aptos para la forestación, y establece normas de fomento sobre la materia*. Santiago, Chile: Ministerio de Agricultura.
- Ministerio de Agricultura. (1994). *Decreto N° 464. D.O. Establece zonificación vitícola y fija normas para su utilización*. Santiago, Chile: Ministerio de Agricultura.
- Ministerio de Agricultura. (2018). *Decreto N° 56 D.O. Modifica Decreto N° 464, de 1994, Del Ministerio De Agricultura, que establece zonificación vitícola y fija normas para su utilización*. Santiago, Chile: Ministerio de Agricultura.

- Ministerio de Desarrollo Social. (2019). *Plan Valle del Itata 2017-2019. Iniciativas e inversiones de desarrollo territorio Valle del Itata «Cobquecura, Coelemu, Ninhue, Portezuelo, Ránquil, Quillón, Quirihue, San Nicolás, Trebuaco» región del Biobío*. Biobío, Chile: Gobierno Regional Región de Biobío-Programa de Gestión Territorial para Zonas Rezagadas. Recuperado de http://territoriosdeconvergencia.subdere.gov.cl/files/doc_zonas_rezagadas/PLAN%202017-2019%20TERRITORIO%20VALLE%20DEL%20ITATA.pdf
- Ostrom, E. (1990) *Governing the Commons: The evolution of institutions for collective action*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Perelmuter, T. (2011). Bienes comunes vs. mercancías: las semillas en disputa. Un análisis sobre del rol de la propiedad intelectual en los actuales procesos de cercamientos. *Sociedades rurales, producción y medio ambiente*, 11(22), 53-86. Recuperado de <http://gergemsal sociales.uba.ar/wp-content/uploads/sites/208/2020/05/Articulo-Revista-Mexico-Bienes-comunes-vs-mercanc%C3%ADAs.pdf>
- Polanyi, K. (2009). *El sustento del hombre*. Madrid, España: Capitán Swing.
- Ramis, Á. (2017). *Bienes comunes y democracia: crítica del individualismo posesivo*. Santiago, Chile: LOM Ediciones.
- Reyes Coca, M. A. (2001). Los vinos moscatel y país, de los cerros de Ñuble: de pipeños y famas. *Tiempo y Espacio*, (11-12), 281-288. Recuperado de <http://revistas.ubiobio.cl/index.php/TYE/article/view/1649>
- Soto, M. (10 de diciembre de 2015). Devolviendo la mano al valle. *Revista Capital*. Recuperado de <https://www.capital.cl/devolviendo-la-mano-al-valle/>
- Van der Ploeg, J. D. (2010). *Nuevos Campesinos. Campesinos e Imperios Alimentarios*. Barcelona, España: Icaria Editores.
- Vercelli, A., y Thomas, H. (2008). Repensando los Bienes Comunes: Análisis Socio-Técnico sobre la Construcción y Regulación se los Bienes Comunes. *Scientia Studia*, 6, 427-442. Recuperado de <https://www.scielo.br/j/ss/a/rPqVfvrWLcc6hS33rYSmbSd/abstract/?lang=es>
- Villegas, J. L. y Toledo, C. (2017). Cooperativas vitivinícolas del Valle del Itata: Desarrollo, producción y comercialización, 1925-1995. *Tiempo y Espacio*, (38), 33-52. Recuperado de <http://revistas.ubiobio.cl/index.php/TYE/article/view/3390>
- Yáñez Barrios, L. (2019). *Región de Ñuble, información regional 2019*. Santiago, Chile: ODEPA. Recuperado de <https://www.odepa.gob.cl/wp-content/uploads/2019/07/Nuble.pdf>